

GEMMA MINGUILLÓN

CORAZÓN DE REINA

Primeros casos del detective Baldo Sanmartín



Bookit



CORAZÓN DE REINA

CORAZÓN DE REINA

Primeros casos del detective
Baldo Sanmartín
GEMMA MINGUILLÓN



1.ª edición: Septiembre 2017

Copyright

© Gemma Minguillón 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-28-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

A Xavier Vázquez, Àngels Berenguel, Cristina González y Silvia Marco, mis lectores cero personales. Y a todos mis sobrinos e hijos postizos: Erik, Ventura, Alicia, Blanca, Adrià, Judit E., Benja y Sofy. Os quiero muchísimo a todos

Introducción

Barcelona, 1:40 a.m.

Alejandro Nola sale apresuradamente por la puerta de atrás del Pink Palace. Una corta carrera y se detiene, pegando la espalda a la pared y tratando de controlar su respiración. Mira a su derecha, a su izquierda. Habían entrado a buscarle, estaba seguro, pero ahora no podía verles. No sabía por qué, pero iban a por él. «Esta gente es así; la toman con uno sin más».

Respira hondo y sale despacio, caminando de puntillas por el callejón para no hacer ruido con los tacones. Un «vaya, ¿qué tenemos aquí?», le congela la sangre. Gira sobre su espalda, abre mucho los ojos. Tres skinheads armados con bates se abalanzan sobre él. Mira el cielo y le llama la atención la acumulación de estrellas; recuerda que no había la otra noche. Piensa en lo extraño de la mente humana; perderse ahora en un detalle como este. Nota una puñalada profunda en su vientre y casi es un alivio; ya no puede seguir sintiendo los golpes.

Sant Feliu, 2:15 a.m.

Francesc Rocamora se halla en penumbra en el despacho de su mansión. Sentado ante la mesa de roble, no puede parar de pensar. Andreu, Amalia, Carlos. No comprende cómo puede haber llegado todo tan lejos. Todavía no puede creer cómo es posible que la situación se le haya ido de las manos de esa manera.

Da un trago a su whisky favorito. Observa el vaso, los dos hielos deshaciéndose con el líquido dorado. La imagen se diluye cada vez más. Y pasa el tiempo. El estómago se revuelve, la cabeza pesa. Luego el frío.

Acuden a su mente recuerdos gratos, blancos y suaves. Sus labios se estiran en una sonrisa. Pronto no puede ya mover las piernas. Necesitaría hacerlo, poder moverse, hablar. Pero es imposible. Cada vez más difícil.

Amalia. Carlos. Carlos... Deja caer la cabeza sobre la

mesa; siente cómo le cuesta respirar. Andreu, hijo. Y de nuevo colores blancos y azules, texturas suaves. La sonrisa vuelve. El tiempo pasa. Necesita con gran urgencia una bocanada de aire. Abre mucho la boca y cae muerto sobre la mesa oscura y reluciente.

Madrid, 3:00 a.m.

Carlos Santillana mira fijamente la pantalla de su ordenador. La habitación ha fracasado en su intento de resultar acogedora; la vista desde la ventana del hotel es deprimente. Pero en la pantalla sucede algo interesante. La cantidad de dos millones de euros y la palabra «¿transferir?», relucen entre las sombras del cuarto. Entre sus rasgos vulgares aparece, despacio, una sonrisa oblicua mientras aprieta el botón izquierdo del ratón: «aceptar».

Capítulo 1

Sin pies ni cabeza

El detective Baldo Sanmartín tenía la cabeza tapada con la almohada con tal fuerza que cualquiera se preguntaría cómo era posible que no se ahogase o, lo que es peor, si no lo habría hecho ya. La respuesta era simple; tenía las pulsaciones de un lagarto, lo que le hacía respirar muy despacio y resistir con muy poco oxígeno. Es por eso que no necesitaba solucionar el problema psicológico de su necesidad de taparse la cabeza al dormir, con lo que algunos psicólogos perderían dinero, aunque ganarían en salud.

De todos modos, ya estaba despierto. Hacía menos de cinco minutos que el inspector Alves le había llamado por teléfono, a las ocho en punto.

—Baldo, tenemos un muerto.

El detective, sacudiendo la cabeza para quitarse el sopor, torció el gesto.

—No sé cómo te las apañas, Alves, pero eres la alegría de la fiesta. Cada vez que me llamas es para darme buenas noticias. A ver qué día te pagas una mariscada, por ejemplo.

—Ya te llamaré para tu cumpleaños, si es que tienes. Ahora escucha: quiero que vengas para echar un vistazo.

—Dime que me necesitas.

—Necesito tu nariz. Tira. Estoy en Can Rocamora —dijo, y colgó el teléfono. Baldo pensó que, con los años, Alves tenía cada vez menos sentido del humor y se concedió cinco minutos de presión de almohada sobre su cara.

Así que Can Rocamora. Pintaba divertida la cosa, en ese caso. Recordaba la casa; un mausoleo a las afueras del pueblo, ya en tierra de nadie. Se accedía a él por un camino particular, casi en medio de un bosque. Una edificación de piedra, amurallada, con un torreón picudo en uno de sus lados. Daba escalofríos, o al menos a él se los daba.

Se dió una ducha y fue en busca de su viejo coche.

—Francesc Rocamora. Ya sabes, el dueño de Complementos Electrónicos Rocamora. —Baldo asintió con la cabeza. Alves continuó—. La sirvienta lo ha encontrado esta mañana y la ha liado parda, por lo visto. Estaba caído sobre su mesa del despacho con un vaso de *whisky* volcado junto a él.

Baldo miró a su alrededor y encontró la escena de siempre, que casi se le hacía ya monótona: agentes de la policía y de la científica con gorros, mascarillas, guantes de látex y *sprays* entrando y saliendo de la estancia donde se hallaba el cadáver. Tanto gentío, tanta actividad, confería a cualquier escena del crimen el aspecto de un mercado a las diez de la mañana. Aquello podía parecer insultante a las familias de las víctimas, sin duda, pero él creía que le quitaba dramatismo a la brutalidad humana.

Baldo saludó a Candy, de la científica, y se volvió a repetir, como cada vez que la veía, que un día tenía que invitarla a cenar. Junto a la mesa, la doctora Peral se hallaba al lado del cadáver examinándolo detenidamente.

La sala era enorme, con grandes ventanales tapados por cortinas gruesas. Le llamó la atención el aspecto rancio, anticuado y polvoriento que ofrecía toda la estancia. Todos y cada uno de los rincones olían a naftalina. Era todo tan sobrio que casi parecía fingido.

Alves le presentó al juez penal encargado de la instrucción de aquel caso. Baldo ya lo conocía de otras veces; era un hombre serio, pero amable y campechano. Saludó a Baldo con simpatía y se dirigió hacia un agente que le habló en aquel momento.

El detective se acercó al cadáver. Olía intensamente a amoníaco. La doctora Peral hablaba a su móvil, en modo grabación, mientras observaba, tanteaba y movía el cuerpo sin variar demasiado su posición. Baldo la saludó, y ella le miró un momento y le dedicó un movimiento de cabeza, sin dejar de hablar a su grabadora ni mutar su gesto. Era increíble lo que cambiaba aquella mujer de maneras cuando estaba tomándose en serio su trabajo, pensó el detective.

Baldo le quitó a la doctora unos guantes de látex y empezó a recorrer la estancia. La policía ya estaba realizando un reconocimiento en espiral de la zona, inspeccionando palmo a palmo los muebles, el suelo, las paredes, las ventanas. Otros hacían fotografías de la habitación; el equipo de la doctora Peral fotografiaba el cadáver y grababa un video. Era difícil moverse entre tanta gente en un espacio reducido para aquella densidad de población.

El detective reparó entonces en el ordenador. No era demasiado nuevo; tendría al menos un par de años. Frente a él, un muchacho del equipo informático de la policía tenía el rostro iluminado por la luz de la pantalla. A Baldo le gustó su pinta de ocupa y su melena tan larga; pensó que todos los informáticos que conocía tenían un aspecto parecido.

—¿Algo interesante? —El chico siguió tecleando, y le contestó sin mirarle.

—Estoy revisando el correo, pero habrá que analizar los discos duros. Le pediré al juez que nos deje llevárnoslos para vaciarlos. Siempre suele haber algo en ellos, de más o menos importancia.

Ciertamente, si no había muerto de infarto, si la muerte le había sido inducida de alguna manera, Baldo sabía que era más probable encontrar indicios en su ordenador que en lo que pudiera decir su familia. Familia a la que, por otro lado, todavía no había visto.

—Alves —dijo Baldo al inspector, que todavía hablaba con el juez—, voy a hablar con la familia.

Baldo salió del despacho y se quedó algo desorientado en mitad de un gran vestíbulo con una escalera ascendente. Pensó en subir, pero después decidió dar una vuelta por la planta baja; no creía que la dueña de la casa anduviera muy lejos.

—Buenos días —dijo una voz femenina y ligeramente ronca a su espalda. Se giró y enfrentó a una dama de unos cincuenta años, muy delgada y menuda, con la piel del rostro estirada y muy bien maquillada. El cabello castaño cobrizo le tapaba parcialmente la cara. La boca, grande y di-

bujando una sonrisa ligeramente torcida, parecía indicarle que no estaba haciendo nada allí, que no se esperaba nada de él y que debía marcharse cuanto antes con todo el equipo policial. Ante tal impresión, Baldo sostuvo la mirada de su anfitriona y le sonrió.

—Amalia Pitarch, supongo. Viuda del señor Rocamora.

—Supone usted bien —dijo ella declamando despacio—. ¿Qué se le ofrece, detective?

—Inspector Sanmartín. Estoy al cargo de la investigación del fallecimiento de su esposo, señora Rocamora. Necesito averiguar cualquier cosa que usted pueda decirme acerca de ella. —Amalia miró pensativamente a Baldo.

—No sé en qué puedo ayudarle yo. No sé más que usted. Solo que esta mañana, Zafiro ha dado un grito al entrar en el despacho de mi esposo; que he acudido y lo he visto así, caído sobre su mesa y ya frío.

Ese mismo frío, pensó el detective, estaba presente en la voz de la señora Rocamora, que no parecía en absoluto afectada por el suceso, a no ser que eso fuera tan solo apariencia. Mujer intuitiva, miró a Baldo y su sonrisa se acentuó.

—No, detective, no voy a hacer el papel de viuda desconsolada. Desde luego, es muy desagradable que Francisc haya muerto, sobre todo en estas condiciones, pero hace ya mucho tiempo que hacemos vida separada y no voy a fingir más. En el pueblo saben que vivimos juntos, y eso es suficiente. Él lo quiso siempre así, y yo lo respeté hasta el final.

—¿A qué condiciones se refiere? Y, ¿quién es Zafiro?

—Zafiro es la chica, y me he perdido con lo de las condiciones.

—Usted ha dicho «que haya muerto en estas condiciones». ¿En qué condiciones ha muerto su esposo, señora Rocamora?

—En casa y en perfecto estado de salud, naturalmente. No puedo entender qué le ha pasado.

—¿Sabe usted si tenía problemas, si algo le atormentaba? —aventuró el detective.

—Pues la verdad es que no, puesto que, como ya le he dicho, hacíamos vidas separadas. Pero si está usted pensando en el suicidio, ya le digo que eso es ridículo. Francesc nunca habría hecho algo así. Le gustaba demasiado vivir. —El detective miró a su alrededor. Aquellos cuadros del dieciocho, las molduras barrocas de la casa, las espesas cortinas y los muebles negros no transmitían la impresión de que su dueño fuese una persona muy vital. Y volvió a tener la sensación de que algo no cuadraba.

—¿Qué tal era la relación del señor Rocamora con su hijo? —Amalia torció el gesto.

—No muy buena. Mi hijo... tiene una profesión que mi marido no aprobaba. Actúa en un local del Raval de Barcelona, ya sabe. Sé que mi esposo le siguió un día para ver el tipo de antro y le vio actuar. Volvió extraño y silencioso aquella noche. No debió ser una experiencia agradable para él, un hombre religioso y tradicional.

Baldo sintió la necesidad de preguntar por la naturaleza del trabajo del joven Rocamora, pero la pregunta murió en sus labios. Era mejor ir con cautela.

—Ha sido usted muy amable —dijo Baldo—. Por desgracia, me temo que tendré que volver a molestarla en cuanto se sepan los resultados de la autopsia.

Se giró para irse, pero se detuvo.

—Ah, señora Pitarch, necesito hablar con su hijo.

—Andreu no ha llegado aún. Le he llamado y viene de camino.

—¿Desde muy lejos?

—Desde Barcelona, ha trabajado esta noche. Pero no tardará.

—¿Vive alguien más en la casa? —preguntó Baldo.

—Zafiro. Si quiere hablar con ella, debe de estar en la cocina.

El detective llegó a la cocina gracias a las indicaciones de Amalia, pensando que, si la casa era siniestra por fuera, no lo era menos por dentro. Por eso le sorprendió agradablemente la blanca dentadura resaltando sobre la oscura piel de Zafiro. Era una joven guapa y de buenos músculos,

pensó Baldo. Nada en ella tenía aspecto de blando. Se preguntó cuánto tardaría en apagarse toda esa vitalidad en aquella casa oscura y muerta.

—Hola, Zafiro. Soy el detective Sanmartín y necesito que me cuente lo que ha pasado esta mañana.

—Ay, señor —dijo la joven con un delicioso acento cubano—, el pobre señor. Pobrecito, pobrecito. Yo ya se lo he contado a esos otros señores, señor. Es horrible, horrible.

—Lo sé, pero ahora tiene que contármelo a mí. Es necesario; debe decirme lo que sepa porque yo trabajo con el inspector que lleva el caso y tengo que hacer un acta para el juez. Vamos, muchacha, dígame qué pasó... Y si tuviera café...

Zafiro sonrió algo triste, pero la animó la actitud cercana del detective y, sobre todo, tener algo que hacer que no fuera tan solo referir una y otra vez el horroroso hallazgo. Le pidió a Baldo que se sentara en la mesa de la cocina y le sirvió un café cargado y muy caliente.

—Pues ya dije, señor. Entré en el despacho a las siete para abrir las cortinas y que entrase un poco de luz, y vi al señor. Al principio pensé que estaba dormido, porque ayer no le oí acostarse, pero entonces me acerqué a él y, como no me oía, le toqué un hombro, señor, y no sé si debí, pero lo hice. Entonces me pareció muy quieto y le miré la cara, y me pareció que estaba muerto... ¡Pobre señor! Era tan bueno... —Baldo asintió mirándola y dio un trago a su café que le supo a gloria después de tanta precipitación matutina.

—Y, ¿qué hizo entonces?

—Ay, señor, llamar a la señora Amalia. Ella llamó a un médico y a la policía, y el médico llegó a la vez que ellos, que eran dos agentes. El médico dijo que el señor estaba muerto... Entonces la policía dijo que nadie tocase nada, y empezaron a llamar a más policías, y al médico forense, y a muchas personas que fueron llegando, todos mirando al pobre señor y registrando el despacho, y recorriendo el vestíbulo...

—Lo sé, todo esto es muy desagradable, pero no queda más remedio si es que queremos saber de qué ha muer-

to el señor Rocamora. ¿El médico que vino primero no dijo nada de eso?

—Yo solo le oí decir que no era un infarto ni nada por el estilo. Hablaba poco, muy poco.

—¿Tiene usted idea de qué pudo haber pasado? ¿Sabe si el señor Rocamora tenía problemas?

—Bueno —dijo Zafiro, azorándose ligeramente—, tenía algunos problemas con An..., con el señorito Andreu, pero ya no. —El detective la miró como un lobo mira a un conejo.

—¿Qué tipo de problemas? —Zafiro bajó la mirada.

—Yo no sé si tengo derecho...

—Tiene, más bien, el deber. ¿Qué tipo de problemas? —Baldo habló tajantemente, sin dejar el menor espacio a reticencias por parte de Zafiro.

—El señor Rocamora... no quería que el señorito cantara. Le dijo un día que no quería maricones en su casa, y se pelearon. Y tampoco le gustaba que cantase, pero el señorito canta muy bien.

—¿Es homosexual el señor Andreu Rocamora?

—No, señor, es solo que el señor Rocamora lo pensaba, pero el señorito no lo es aunque cante así y se vista un poco raro, y aunque tenga amigos que lo son.

«O sea, que tiene cuatro patas, rabo y ladra, pero no es un perro. Vale», pensó Baldo. Nada más fácil que sonreírle a una empleada doméstica para camuflar las tendencias sexuales de uno, en caso de que haya algo que camuflar en los tiempos que corren, o para contentar al progenitor.

—¿Era el señor Rocamora homófobo?

—Creo que sí, señor, porque era muy católico, igual que la señora. Iba mucho a la iglesia, todos los domingos, y a los católicos no les gustan los homosexuales. Pero la señora también va a misa y sí que quiere al señorito, pero claro, el señorito no es homosexual... ¡Ay, perdóneme, detective, me estoy haciendo un lío! Es que estoy muy nerviosa y... —La muchacha sollozó.

—Vamos, mujer, no se preocupe. No tiene que pedirme disculpas, es natural que esté alterada con todo esto. —La

chica se secó las lágrimas con un pañuelo de papel que sacó de su manga, se sonó la nariz y pareció recomponerse. Baldo continuó—. ¿Y qué opina doña Amalia de todo eso?

—Ella es madre, señor, si usted me entiende. —La entendía, claro. Había visto madres defendiendo lo indefendible en sus hijos ante un juez, o ante Dios si hubiese bajado del cielo. Y en este caso, la razón la asistía.

—Zafiro, muchísimas gracias. Su testimonio me ha sido de gran utilidad. Seguramente tendremos que volver a hablar, pero no se preocupe.

La chica se despidió del detective con una sonrisa triste.

Baldo volvió al despacho. Al entrar, vio a la doctora Peral junto a Alves y el juez. La policía científica seguía buscando huellas y cualquier cosa que pudiese ser de utilidad a posteriori. Esto hizo pensar al detective que la forense había llegado ya a una conclusión con respecto a la muerte de Rocamora.

—Ha ingerido algún veneno. Por el olor que despide, diría que es cicuta. Tengo que hacer la autopsia para determinar la cantidad exacta. No hay la menor señal de violencia, solo se lo tragó. Lleva muerto entre tres y ocho horas, porque está algo rígido, pero aún tibio. Con la autopsia podré determinar la hora. No ha sido movido tras el fallecimiento. Simplemente, después del análisis del entorno, puedo determinar que se bebió un *whisky* contaminado con cicuta, se encontró mal, no pudo moverse en poco rato y se dejó morir sobre la mesa. Ahora les toca a ustedes, aunque no creo que haya mucho que hacer. Les enviaré el informe de oficio. Juez, aquí tiene el acta del levantamiento. La científica se llevará las ropas, que presentan manchas de distintos fluidos corporales, y habrá que analizarlas bien. Y poco más por mi parte —sonrió—. Me llevo a este señor y les digo algo mañana lunes. ¡Adiós! —dijo, y se fue casi dando saltos en dirección a su coche.

—Ahora podemos desayunar—, dijo Alves a Baldo.

—Todavía no. Estoy esperando a Andreu Rocamora. Di